

Pisco y toponimia: impacto de las rutas del aguardiente en el desarrollo de nombres y lugares geográficos en Chile, Perú y Argentina

Pisco and toponimy: impact of brandy routes in development of geographical names and places in Chile, Peru and Argentina

Pablo Lacoste^{1*}, Diego Jiménez², Enrique Cruz³, Bibiana Rendón⁴, Natalia Soto⁵

RESUMEN

La Denominación de Origen (DO) Pisco (aguardiente de vino de Chile y Perú) constituye una de las DO más antiguas del mundo, forjada por más de cuatro siglos de historia cultural, social, económica y política. En el marco de este proceso se crearon centros productivos y rutas de distribución de alambiques y aguardientes que se reflejaron en la toponimia, a la vez que la toponimia influyó en el nombre del producto. El objeto de estudio del presente artículo es estudiar la evolución de los topónimos de las zonas afectadas por la producción y distribución del pisco en Chile, Perú y Argentina. La tesis que se propone es que los topónimos de las ciudades ya referidas reflejan parte importante de los cambios que forjaron la matriz cultural de los tres países desde el periodo colonial hasta la actualidad, proceso en el cual la cultura del pisco tuvo un papel relevante.

Palabras clave: denominaciones de origen, pisco, toponimias, ruta del aguardiente, historia del aguardiente y los espirituosos, historia vitivinícola.

ABSTRACT

The Appellation of Origin (AO) Pisco (Chilean and Peruvian Brandy) is one of the oldest AO all over the world. Shaped by profound cultural, social, economic and political processes, this AO is a clear proof of the link of Chilean and Peruvian nations. The study subject of this paper lies on set of place names from the cities that compound the Brandy Road, which bound Argentina, Chile and Peru for more than 300 years. The thesis that we propose is that place names from the aforementioned cities reflect an important part of changes that shaped the cultural matrix of those three countries since Colonial Period until today.

Key words: appellations of origin, pisco, name places, brandy road, brandy and spirits history, viticulture history.

Introducción

Delimitado por el presidente de Chile en 1931, el pisco representa la más antigua Denominación de Origen de América Latina y una de las primeras del mundo. Basta recordar que el oporto fue delimitado por el marqués de Pombal en 1756; el vino de Rioja fue delimitado en 1926 y el sistema francés de DO se puso en marcha a partir de 1935 con la fundación del Instituto Nacional de Denominaciones de Origen (Ribeiro de Almeida, 2010; Gómez Urdáñez, *Rioja*, 2000). El pisco es un aguardiente destilado de vino

de uvas criollas, cuyos orígenes se remontan a la colonización española. En los últimos años Perú también se interesó por el desarrollo de este producto y lo delimitó (1991). Como resultado, a diferencia de otras DO, el Pisco se caracteriza por su carácter binacional, al ser compartido por Chile y Perú (Rice, 2012; Huertas, 2012; Lacoste *et al.*, 2013).

En los productos con DO, el nombre del lugar adquiere una relevancia central. Los tratados sobre reconocimiento de derechos de propiedad intelectual de productos con indicación geográfica (IG) o DO se basan en la existencia de un lugar específico

¹ Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Santiago, Chile.

² Asociación Chilena de Especialistas Internacionales (ACHEI). Santiago, Chile.

³ CONICET. Santiago, Chile.

⁴ Universidad de Chile. Santiago, Chile.

⁵ Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, Argentina.

* Autor para correspondencia: pablo.lacoste@usach.cl

con el nombre correspondiente. Este criterio ha sido consensuado como pilar de la legitimidad de estos productos. Así, la toponimia ha adquirido un reconocimiento simbólico de proyección política, social, económica y cultural.

Numerosas localidades han adquirido fama mundial a partir de los productos alimentarios asociados a su territorio. En Francia se destacan lugares como Champagne, Cognac, Borgoña, Médoc, Burdeos y Roquefort. Algo parecido ocurre en Portugal (Oporto), España (Jerez, Rioja) e Italia (Chianti), entre otros. En las zonas productoras de Pisco, la toponimia también es importante: el puerto de Pisco es el anclaje del pisco peruano, y la localidad productiva de Pisco Elqui lo es para el pisco chileno.

Además de Chile y Perú, durante gran parte del período colonial el aguardiente hizo sentir sus efectos también en la conformación de una carrera mercantil con variadas rutas que enlazaban las zonas productoras de Chile con los mercados del Alto Perú, particularmente el de Potosí. La producción de plata convirtió a la Villa Imperial de Potosí en la ciudad más poblada del Imperio español, con 160.000 habitantes en el siglo XVII. Para abastecer la demanda de este mercado se generó un notable flujo de bienes y productos, entre los cuales el aguardiente se consolidó en el primer lugar. En 1733 el aguardiente representó el 21,4% del total de los productos importados por Potosí, y era el segundo rubro más relevante, solo superado por los textiles (“de Castilla” y “de la tierra”); pero el tráfico de aguardiente fue en ascenso, hasta llegar al 30,6% en 1793, alcanzando el primer lugar. En ese momento el valor del aguardiente importado llegó a \$ 258.954 (Tándeter, 1987). La hegemonía de la producción del sur del Perú era notable. No obstante, la exportación de aguardientes chilenos a Potosí llegó a generar una competencia importante para los productores peruanos:

“Los hacendados vinícolas de Moquegua pidieron con grande insistencia al Consejo de Indias que de ningún modo se permitieran las plantaciones de viñas en La Paz (Alto Perú) y que se cortara a todo trance la introducción en Potosí de los aguardientes de Chile” (Assadourian, 1983).

Además de aguardiente, los productores chilenos trataron de adaptarse al mercado potosino a partir de

los productos que estaban a su alcance. De acuerdo con el informe de 1794, desde Chile se trasladaban a Potosí cobre, pasas, almendras, lentejas, orégano y otros alimentos. Tras cruzar la cordillera de los Andes, la ruta chilena se fusionaba con las recuas, tropas y caravanas de carretas de arrieros y mercaderes de San Juan (González de Socasa, 1970) y de las otras ciudades que jalaban la carrera: Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy, quienes también llevaban por la ruta “en despoblado” y el “camino real”. Los “caminos en despoblado” y el “camino real”, son referencias coloquiales que a fines del período colonial correspondían a los caminos casi paralelos que se constituían para habilitar el comercio legal y de contrabando, sus aguardientes y otros productos a los mercados de Potosí.

Toponimia en las zonas pisqueras de Chile y Perú: la conquista española y su impacto

La conquista española del siglo XVI causó un cataclismo en la toponimia de Chile y Perú. Los colonizadores impusieron nombres a reinos, ciudades y pueblos como forma de refrendar su posición dominante. Por ello es conveniente reconocer someramente algunos de los estudios sobre toponimia en la península ibérica, ya que ellos se transforman en referentes necesarios para comprender lo sucedido en el reino de Chile.

La actual toponimia de Chile y Perú es resultado de un complejo proceso histórico-cultural que conviene examinar. Naturalmente, muchos nombres actuales no existían antes del siglo XVI, cuando los conquistadores españoles llegaron a la región. Inicialmente se puede pensar que la construcción de la toponimia obedece a una decisión política que impone un nombre determinado y espera que la comunidad lo acepte. Incluso se ha estimado que “no es normalmente el pueblo quien interviene en estas reinterpretaciones asociativas; con frecuencia son las personas cultas, y aun los mismos especialistas del lenguaje, a quienes corresponde mayor participación en ellas” (Galmés de Fuentes, 1996). Pero en el caso examinado, los hechos demuestran que la realidad es mucho más complicada, porque no siempre alcanza con la mera imposición desde el poder. En muchos casos se pueden desencadenar verdaderas batallas culturales que modifican total o parcialmente la decisión del grupo dominante. En ese sentido, la toponimia es la resultante de un juego de fuerzas

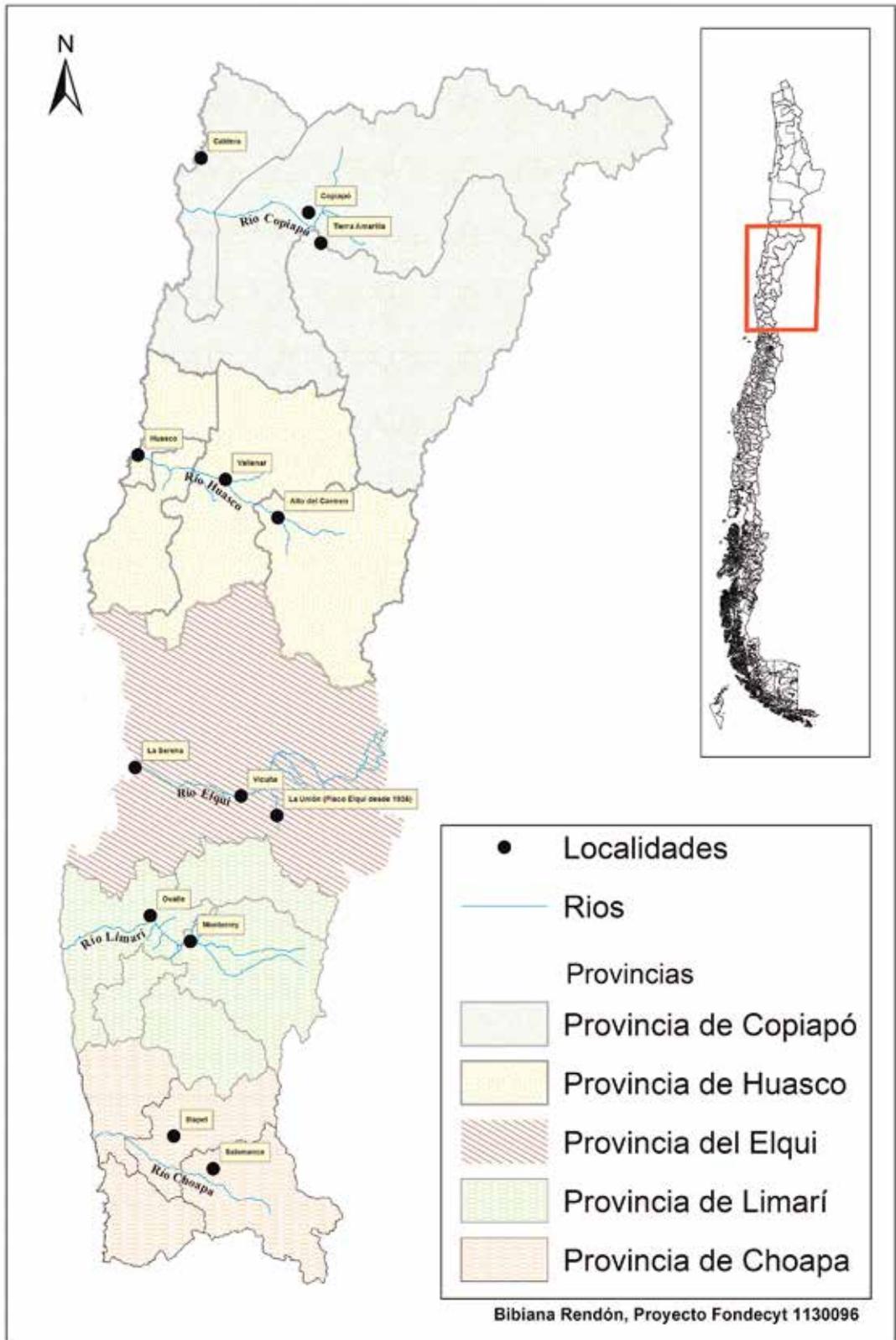


Figura 1. Toponimia del pisco chileno.

profundas, que emergen y se hacen sentir en el paisaje primero y en la geografía política después.

Como ocurría en todo el contexto americano, la tendencia general de los conquistadores españoles en América era imponer nombres geográficos europeos con el aditamento de “Nueva” a la región conquistada. Las colonias norteamericanas del nordeste se llamaban “Nueva Inglaterra”. Los franceses impusieron nombres como “Luisiana” y “Nueva Orleans”. México era el “Virreinato de Nueva España”, y Colombia, el de “Nueva Granada”. A ello se suman las provincias de Nueva Vizcaya, Nueva Galicia y Nuevo Santander, en el virreinato novohispano. También tenía connotaciones europeas el nombre de Venezuela, pequeña Venecia. En el primer tercio del siglo XVI esos nombres se usaron también para las jurisdicciones de América del Sur: Nueva Castilla, Nueva Toledo, Nueva Andalucía y Nueva León fueron otorgadas a Francisco Pizarro, Diego de Almagro, Pedro de Mendoza y Simón de Alcazaba, respectivamente. Imponer el nombre era una forma de afirmar la propia identidad y señorío sobre el territorio.

Los españoles compartieron la actitud de las demás potencias europeas en el sentido de usar nombres de regiones de su propia tierra para denominar espacios americanos; pero esta tendencia se articuló con su mirada religiosa. En algunos casos, los nombres clonados de la geografía española y los hagiotopónimos se articularon con nombres locales de origen indígena. Sobre estas bases se inspiraron la mayor parte de los nombres que se usaron para denominar villas y ciudades en América española en general, y en Perú y Chile en particular. Así se reflejó en la imposición de nombres de ciudades como San Miguel de Tangará (Piura) en 1532. Poco después, Francisco Pizarro fundó la capital del nuevo reino, junto al Rimac; como la ceremonia se realizó a comienzos de enero, cerca de la festividad de los Santos Reyes, la futura Lima se denominó Ciudad de Los Reyes (1535) (Thomas, 2010). En Chile, los españoles usaron criterios similares al fundar Santiago (1541) y Concepción de María Purísima (1550), entre otras ciudades. En algunos casos, los españoles combinaron nombres religiosos con denominaciones indígenas locales. Esta práctica se utilizó en el siglo XVI, como en el caso de “San Miguel de Tangará” (1532) y “Santa Catalina de Guadalcázar del Valle de Moquegua” en Perú y “San Bartolomé de Chillán” en Chile (1580).

También se trasladaron a la región nombres de localidades europeas donde nacieron líderes de la conquista y colonización española en América. Los conquistadores emblemáticos de Perú y Chile, Francisco Pizarro y Pedro de Valdivia, lograron que se fundaran ciudades con el nombre de sus lugares natales: este fue el motivo del nombre de Trujillo (1535) en Perú y La Serena (1544) en Chile (Concha, 1975; Thomas, 2010). Esa misma corriente inspiró los nombres de dos ciudades de la zona pisquera de Chile: Monterrey, en el valle de Limarí (28 de setiembre de 1605) y Vallenar, capital de la provincia de Huasco (5 de enero de 1789). Monterrey surgió durante la administración del conde de Monterrey, Gaspar de Zúñiga y Acevedo, como virrey del Perú; Vallenar debe su nombre al barón de Ballenar, Ambrosio O’Higgins, gobernador de Chile y virrey del Perú. Zúñiga y O’Higgins nacieron respectivamente en Monterrey (España) y Ballenar (Irlanda)). En las zonas pisqueras del sur del Perú y el norte de Chile los nombres de las ciudades tendieron a fusionar hagiotopónimos españoles con nombres indígenas. En Perú surgió Santa Catalina de Moquegua (1541) y en Chile se fundaron Santa Rosa del Huasco (1752), “San Francisco de la Selva de Copiapó” (1774) y San Francisco de Borja de Combarbalá (1789). En otros casos, se usaron nombres exclusivamente españoles como en San Bartolomé de La Serena (1549), San Clemente de Mancera (Pisco, 1640), San Rafael de Rosas (1754) y San Ambrosio de Ballenar (1789) (Lacoste *et al.*, 2014).

El surgimiento de villas, ciudades y puertos por usos y costumbres antes que por decisiones políticas de los conquistadores fue una tendencia recurrente en el periodo colonial. Varias ciudades importantes de la actualidad nacieron en forma silenciosa, lejos de las decisiones políticas, como resultado de la vida social y económica de la región. En estos casos, los nombres también surgieron de abajo hacia arriba y no al revés. Fue el caso de Viña del Mar, la segunda ciudad de Chile en la actualidad. Lo mismo ocurrió en la zona de producción y transporte de aguardiente, como se refleja en el puerto de Caldera y en las localidades de La Greda y Chilecito (ver mapa).

La localidad de Pisco Elqui es el anclaje toponímico del pisco chileno. Se encuentra en el valle del Elqui, lugar de larga tradición en la destilación de piscos y aguardientes desde el periodo colonial. La actividad vitivinícola del valle del Elqui se remonta al siglo XVI cuando los conquistadores españoles

comenzaron a cultivar las viñas y elaborar vinos y aguardientes. Este producto comenzó a llamarse pisco en el primer tercio del siglo XVIII, tal como se ha examinado en otra parte (Lacoste *et al.*, 2014). El uso sostenido y público del concepto pisco para denominar el aguardiente elaborado en esta región se hizo sentir en la toponimia con el surgimiento del nombre de Pisco Elqui, nombre impuesto a una localidad del valle del Elqui en 1936. En la época colonial esta localidad se llamaba La Greda y debía su nombre a la producción de botijas y tinajas de greda para almacenar vinos, aguardientes, piscos y otros productos. Este nombre se ha conservado hasta la actualidad en los usos y costumbres del lugar: todavía se utiliza para denominar posadas y albergues para los viajeros. En el siglo XIX el nombre de esta localidad se cambió por La Unión, para destacar la solidaridad con la que los vecinos del lugar hicieron frente a una epidemia de viruela (decreto del 20 de marzo de 1873). En el siguiente medio siglo convivieron los dos nombres: el antiguo y cultural La Greda, y el nuevo y administrativo La Unión. Así se reflejó en la Ley N° 4.198 del 11 de octubre de 1927, según esta se estableció que la comuna de Paihuano comprendería la subdelegación de “La Greda, o Unión”. El nombre de esta localidad volvió a cambiar con la Ley N° 5.798 del 1 de febrero de 1936 mediante la cual se estableció el nombre de Pisco Elqui. El proyecto fue presentado por tres legisladores, entre ellos el diputado Gabriel González Videla. Una vez sancionada por el Congreso, esta ley fue promulgada por el presidente Arturo Alessandri. Ambos actores (González Videla y Alessandri) conocían la zona pisquera y habían visitado el fundo “Los Nichos”, situado en la localidad de Pisco Elqui, cuya cava se transformó en un singular espacio social famoso por sus animadas tertulias (“Visitar Elqui y no conocer Los Nichos, es no haber visto nada más hermoso y original”, *El Regional*, Coquimbo, 6 de abril de 1955). En ese sentido, el cambio de nombre de esta localidad fue resultado de un proceso sociocultural, que culminó en una decisión política.

Así como la práctica de los botijeros y la producción de vasija de barro cocido generó el nombre La Greda, la cultura de la minería, el cobre labrado, la manufactura de alambiques (calderería), originó el nombre Caldera usado en el puerto de Copiapó y en la localidad ubicada a 24 km, en el camino entre Salta y Jujuy. Con 15.000 habitantes el puerto de Caldera protagonizó la construcción

del primer ferrocarril en Chile (Copiapó-Caldera, 1851). Registrado con ese nombre desde 1652, el puerto de Caldera cumplió un papel destacado para el comercio de Copiapó durante todo el periodo colonial. En este enclave se embarcaban metales, vinos y aguardientes locales, además de brea y azufre, e ingresaban alimentos, maderas para construcción y otros productos. También era la puerta de acceso para autoridades y viajeros, entre los cuales se destacó la visita del francés Frézier en 1711 (Sayago, 1973). El nombre de este puerto ha generado algunas controversias (el origen del nombre del puerto y municipio de Caldera no está todavía oficialmente definido de modo satisfactorio). Algunos historiadores aficionados han ofrecido explicaciones pintorescas sobre el tema, afirmando que el nombre “Caldera” surgió por la forma de letra “C” de la bahía, capaz de ofrecer abrigo a los barcos; también se evocan las concavidades de piedra que se encuentran junto a la costa, donde suele acumularse el agua de mar, y calentarse por el sol; la elevada temperatura que alcanzaría el agua habría sido el origen del nombre “Caldera”. Ambas explicaciones parecen resultado de reflexiones domésticas. Los españoles que conquistaron América no tenían la costumbre de utilizar el nombre Caldera para denominar puertos o bahías. En cambio ese nombre sí se usaba para denominar localidades dedicadas a la producción minera y agroindustrial. Así se reflejó, por ejemplo, en dos localidades mexicanas del actual estado de Aguas Calientes, situadas a 2.000 metros de altitud y dedicadas a la producción minera y agroindustrial; el mismo origen tuvo la Hacienda Caldera, en Salta, surgida a fines del siglo XVI. Puede estar asociado con Estancia de La Caldera, cuyos registros se remontan a 1681 (Malbrán, Bernardo). Juicio seguido con la testamentaria de Recabarren (José de) sobre el deslinde de las estancias de Higuierillas y Caldera, ubicadas en la jurisdicción de La Serena, 5 de agosto de 1681, AN, Chile, Fondo Real Audiencia, t. I, vol. 616). De un documento posterior se sabe que esta propiedad incluía una viña de 9.000 plantas con sus respectivas bodegas e instalaciones (Pérez, Bartolomé). Juicio seguido con Chandía (Juan Esteban), sobre mejor derecho a unas tierras denominadas Las Damas, ubicadas en la estancia de la Caldera, jurisdicción de La Serena 1693-1705, AN, Chile, Fondo Real Audiencia, t. 1, vol. 871, Pieza 3). Otra influencia probable resulta de la cultura del cobre labrado y la amplia difusión del oficio de caldereros en esta

región (fabricantes de recipientes para calentar líquidos). Es importante señalar que el concepto de calderería ha tenido una persistencia notable en la cultura chilena entre los siglos XVI y XIX. Al final de esta centuria, los informes oficiales seguían empleando este término para referirse a las fábricas de alambiques (“Caldererías.- Hay varias fábricas que se dedican a la elaboración de artefactos de cobre tales como alambiques, calderos. En Santiago tenemos a Jerónimo Pacheco e Ignacio Pedemonte, y en Concepción a W.C. Brower”.González, *Chile*, 1920).

Tres localidades argentinas deben su desarrollo a la ruta del aguardiente chileno del periodo colonial: Catamarca (160.000 habitantes), Chilecito (34.000) y Belén (13.000). Estos tres asentamientos se vieron estimulados por la animación económica, social y cultural que aportaron los arrieros chilenos durante dos siglos, llevando sus aguardientes y demás productos rumbo a Potosí. Para comprender este proceso conviene examinar las rutas de la época (Lacoste *et al.*, 2014).

Para trasladar por vía terrestre los aguardientes al mercado de Potosí los productores del corregimiento de Coquimbo debían cruzar la cordillera de los Andes por pasos como Guana, Agua Negra, entre otros. Allí encontraban reabastecimiento en Jáchal, lugar de convergencia con los arrieros que llegaban desde San Juan. Allí la ruta se abría en dos direcciones. La primera seguía hacia el este, tocando La Rioja (fundada en 1591), Catamarca y Tucumán. La segunda ruta tomaba rumbo nordeste para tocar Chilecito, Belén y Tucumán, donde se reencontraba con la variante anterior y continuaban rumbo a Potosí, tocando Salta y Jujuy (Lacoste *et al.*, 2014).

En Belén convergían también los arrieros que venían de los valles de Huasco y Copiapó por los pasos San Francisco y Comecaballos. De esta manera, Chilecito y Belén se consolidaron como centros de encuentro y abastecimiento de los arrieros chilenos en territorio argentino. Además de operar como posta y lugar de abastecimiento a los arrieros de la ruta del aguardiente, Chilecito fortaleció su capacidad de convocatoria por la cercanía de las minas de Famatina. Así se consolidó el lugar como espacio de circulación de los arrieros y mineros chilenos, lo que no tardaría en hacerse sentir en la toponimia local. Un documento de 1700 lo menciona como “Puerta de Chile”. La presencia de chilenos era tan notoria que muchos llegaban al lugar y lo llamaban “mi Chilecito”, denominación que terminaría por

imponerse. Empero, el proceso toponímico no fue lineal. Siguiendo los criterios de los conquistadores en el resto de América, las autoridades locales procedieron a imponer un nombre de santo para esta localidad: en 1715 se formalizó la fundación con el nombre de Santa Rita.

La ruta del aguardiente sirvió para promover el surgimiento de otras ciudades argentinas; además de Chilecito, este comercio impulsó la fundación de Catamarca (1683). Esta ciudad se había tratado de asentar en reiteradas oportunidades, sin éxito. El primer intento cupo a Juan Pérez de Zurita, fundador de la ciudad de “San Juan de la Rivera de Londres” (1558). El aislamiento y la falta de recursos limitaron el crecimiento de esta villa, que fue destruida por los indios; luego se volvió a fundar (1633), con el mismo resultado. Las condiciones no parecían alentadoras para formalizar un asentamiento estable en esta región, hasta que se consolidó la producción de Potosí y la ruta de los arrieros chilenos. Con su constante ir y venir, los transportistas trasandinos generaron un flujo de abastecimiento de bienes y provisiones de las haciendas, pequeñas aldeas, parajes y poblados de la región, ello mejoró la seguridad y las condiciones de vida de los pobladores. Así se dieron las condiciones para la fundación de San Fernando del Valle de Catamarca (1658).

A partir de entonces se consolidaron dos rutas del aguardiente chileno por el Tucumán (actual noroeste argentino), rumbo a Potosí. La ruta del oeste la usaban los arrieros de Coquimbo por los pasos Guana y Agua Negra, entre otros; tocaba Jáchal, Chilecito y Belén. Allí se encontraban con los arrieros de Huasco y Copiapó, que cruzaban los Andes por los pasos Comecaballos y San Francisco. Desde Belén los arrieros marchaban en dirección al nordeste, rumbo a Tucumán. La otra ruta la seguían también arrieros de Coquimbo que cruzaban la cordillera, tocaban Jáchal, La Rioja y Catamarca, para llegar a Tucumán. Allí se encontraban con la columna anterior y juntos seguían el camino del norte, con escalas en Salta y Jujuy, hasta llegar a Potosí.

Erosión de los nombres españoles: antes y después de la Independencia

Los nombres impuestos por los españoles no fueron definitivos. Al contrario, estuvieron sometidos a un intenso proceso de erosión por motivos culturales, sociales, políticos, económicos y naturales. Los españoles tenían el poder para

estipular los nombres oficiales. Pero no siempre se lograba trasladar mecánicamente este concepto a la vida social. En términos de paisaje, era necesario algo más, “algo así como aclimatar la sensibilidad ante el entorno natural brumoso y luminoso, austero y frondoso de una América nueva, en mucho todavía virgen. Un paisaje que era inédito y que no soportaba, bajo ninguna licencia, ser solo una copia de lo europeo (Zambrano, 2006)”. Estas tendencias se reflejaron durante el período colonial.

Los usos y costumbres alentaban frecuentemente a denominar a los lugares por los nombres tradicionales antes que por los oficiales. La toponimia impuesta por los actos administrativos, en muchos casos, sufrió un proceso de erosión gradual, hasta desaparecer. En las localidades pisqueras del sur del Perú y el norte de Chile este fue el itinerario que siguieron varios emplazamientos como Pisco, Moquegua, Copiapó, Combarbalá e Illapel, términos nativos que se impusieron a los nombres de santos que trataron de implantar los españoles. Lo mismo ocurrió en la zona afectada por las rutas del aguardiente. Catamarca perdió su santo, y Chilecito se impuso sobre “Santa Rita”, tal como refleja un documento de 1802. Simplemente, el pueblo anónimo, con su actitud cotidiana, se reveló contra el poder y mantuvo los nombres tradicionales. Paralelamente, otros nombres implantados se adaptaron mejor, como La Serena.

El proceso de erosión de los nombres en algunos casos fue reconocido por las autoridades españolas, que accedieron a reconocer esas realidades. Esta tendencia se vio favorecida por los traslados de las ciudades causados por accidentes naturales, lo que facilitaba las condiciones para realizar el cambio de nombre con motivo de la oficialización del nuevo sitio. La destrucción de San Clemente de Mancera por la conjunción de un terremoto y un tsunami generó las condiciones para ello. Se dispuso entonces el traslado de esta localidad, y se aprovechó la oportunidad para cambiar el nombre, esta vez, con el reconocimiento de la denominación originaria, aunque asociada a hagiotopónimos: se adoptó el nombre de “Villa de Nuestra Señora de la Concordia de Pisco” (1689).

Al estallar la revolución emancipadora contra España, los generales de los ejércitos libertadores se apoyaron en las rutas del aguardiente para planificar sus campañas. En Buenos Aires, la Primera Junta organizó la campaña al Alto Perú por la “carrera del Norte”, tratando de llegar a Potosí. Más adelante, en

el marco de la campaña del Ejército de los Andes, las columnas encargadas de invadir el corregimiento de Coquimbo recorrieron las rutas del aguardiente (por los pasos de Guana y Comecaballos). Posteriormente, al realizar la expedición marítima al Perú, San Martín ordenó desembarcar en el puerto de Pisco (1820). La presencia de las fuerzas patriotas en estos puntos hizo sentir sus efectos en la toponimia, en el marco de un proceso mayor, signado por un cambio radical de nombres que no se había visto desde la conquista española.

Los militares y estadistas patriotas estaban influidos por los idearios de la Revolución Francesa, donde también se utilizó la toponimia como espacio de lucha ideológica. Después de 1789 muchos nombres de santos se eliminaron en Francia para “combatir el fanatismo”. En su lugar se incorporaron conceptos que trataban de prestigiar los valores y los sucesos de la revolución. Por ejemplo, en el Gourdonnais, St-Projet se llamó “Mont-Libre”. En Quercy, Puy-l’Eveque (obispo) se transformó en “Puylibre”, y Souillac se llamó “Treinta y uno de mayo”, en recuerdo del arresto de los girondinos (Saint-Marty, 2011 p. 300).

En efecto, la crisis de la independencia de los países latinoamericanos, en el primer cuarto del siglo XIX, causó un nuevo sismo en la toponimia local. Muchos nombres impuestos por los europeos quedaron en desuso o fueron derogados. En algunos casos, el cambio fue repentino, particularmente en las grandes jurisdicciones. México y Colombia abandonaron la denominación Nueva España y Nueva Granada. En Perú, la “Ciudad de los Reyes” pasó a ser Lima. En Chile la metrópoli del sur quedó como Concepción; en 1828 Nueva Bilbao se rebautizó como Constitución mediante ley del Congreso Nacional.

En las zonas pisqueras, estas corrientes se hicieron sentir con fuerza. En Chile la localidad de Monterrey cambió su nombre por Montepatria, pues fue conquistada por la columna del Ejército de los Andes al mando del comandante Juan Manuel Cabot en enero de 1817 (Menniti y Simón, 2008). En el valle del Elqui, algo parecido ocurrió con Marquesa Alta. Este nombre se usó desde mediados del siglo XVI hasta el primer tercio del XIX. Después de la independencia se consideró que el nombre Marquesa Alta “es incompatible con el patriotismo que ha desplegado el vecindario durante el transcurso de la revolución” (Herrera, 2011). En su lugar se impuso el nombre de San Isidro de Vicuña, en honor al primer

gobernador intendente de Coquimbo, Joaquín Vicuña Larraín (1820). Por su parte, en 1824, “Santa Rosa del Huasco” pasó a llamarse “Freirina” en honor a Ramón Freire, comandante de la columna austral del Ejército de los Andes y luego director supremo de Chile. Poco después, 30 kilómetros al oeste de Montepatria se fundó la ciudad de Ovalle (1831) en honor al presidente provisional de Chile, José Tomás Ovalle. En las rutas pisqueras por Argentina, pasó otro tanto: el gobierno de este país dispuso que Chilecito se llamara “Villa Argentina” (1848). Los cambios se extendieron también al Perú, donde el gobierno patriota resolvió destacar el papel del puerto de Pisco en la gesta libertadora. Por este motivo, una vez consolidada la independencia, el Congreso Nacional le cambió el nombre para denominarlo “Villa y Puerto de la Independencia” (ley del 22 de noviembre de 1832).

La decisión del Congreso Nacional en 1832 significó suprimir el nombre de Pisco de la geografía política del Perú. Se cerró un ciclo de 142 años para la existencia formal del nombre de Pisco. En ese periodo, esta localidad había alcanzado una relevancia económica y cultural considerable, al irradiar su nombre hacia la identidad de un producto. Ese periodo coincidió con el proceso de auge y caída de los mercados mineros altoperuanos, el principal Potosí, que fueron el gran motor de la industria del aguardiente local. Empero, en el primer tercio del siglo XIX esos buenos tiempos ya habían pasado debido a la decadencia de la minería y a la interrupción de las rutas comerciales, los daños sufridos por la industria vitivinícola peruana por terremotos y erupciones volcánicas, y por el cambio del modelo productivo, con más énfasis en el cultivo del algodón y la caña de azúcar para elaborar aguardiente. La decadencia de la viticultura peruana y la caída de la producción de aguardiente de vino contribuyeron a crear las condiciones para que la rama legislativa del gobierno del Perú tomara la decisión de suprimir el nombre de Pisco y sustituirlo por una denominación más adecuada a los valores políticos y sociales que en ese momento se consideraban prioritarios.

Tiempos modernos y nuevos cambios de nombres

A mediados del siglo XIX se produjo el cierre del ciclo tradicional de la historia de Chile y Perú. Si bien la independencia había logrado un cambio político

en ambos países (1818 y 1821, respectivamente), la vida social, económica y cultural del sistema colonial se mantuvo más o menos intacta durante varias décadas más. Recién entonces se produjo el cierre del “largo siglo XVIII”, con los cambios establecidos por la llegada de los ferrocarriles y la navegación a vapor, el incremento de la producción y el comercio, la densificación de conexiones internacionales y el cambio general de los estilos de vida y costumbres.

Las zonas pisqueras de ambos países se vieron afectadas por las nuevas tendencias. El primer ferrocarril de Chile se estableció, precisamente, en esta región, lo que tuvo sus efectos también en la toponimia local. El punto crítico fue la construcción del ramal Copiapó-Caldera (1851), principalmente para asegurar la exportación de los metales y el abastecimiento de los trabajadores mineros. Por esto es que el antiguo puerto de Caldera se transformó en un enclave estratégico.

Desde el punto de vista toponímico, la construcción del primer ferrocarril de Chile significó visibilizar al puerto de Caldera, hasta entonces poco conocido. Este nombre deriva de la caldera, recipiente de metal usado en la minería y la agroindustria regionales. En el marco de la cultura española colonial, la caldera era un objeto de singular valor simbólico, asociada a la riqueza; técnicamente, la caldera representaba la hombría y grandeza del reino, señalando en número sus casas en propiedad. En la heráldica española medieval la caldera se utilizaba para representar el poder económico de las familias, que eran capaces de sostener sus propias fuerzas militares. En los siglos XII y XIII la caldera se empleaba en los escudos de armas del capitán de mesnada; igual que el rey, este señor podía tener un ejército propio y alimentarlo; ese era el sentido de exhibir la caldera en el escudo. Los escudos de armas familiares han empleado durante siglos las calderas como íconos de prestigio; la casa de Lara y Manrique es un buen ejemplo. Algo parecido ha ocurrido también con la heráldica municipal española, que ha brindado en forma constante interés al empleo de las calderas para embellecer el valor simbólico de sus emblemas. La observación de la caldera en los escudos municipales españoles permite advertir la recurrencia del uso de las calderas, esto muestra un patrón constante.

El concepto de caldera y la familia de palabras derivada del mismo se transmitió de España a

América con el mismo sentido; en las Indias, la asociación del concepto de caldera con la minería y los metales se hizo parte de los imaginarios sociales. Así lo reflejaba un informe sobre el corregimiento de Coquimbo: “Hay tres minas de cobre corrientes, las cuales rendirán al año como 500 quintales de fundición para campanas y otras cosas y hasta 400 quintales dócil para labrar algunas piezas de servicio, el cual benefician en sus caldererías y lo sacan para todo el Reino, Lima y Buenos Aires donde se consumen” (Fernández Campino, 1744).

En el mundo colonial hispanoamericano, la caldera era símbolo de la minería y la orfebrería. En el corregimiento de Coquimbo los caldereros eran los artesanos especializados en la manufactura de recipientes de cobre para calentar líquidos (pailas, fondos, ollas, sartenes, alambiques). La gran producción de cobre en las minas locales abrió el camino para el surgimiento de talleres para fabricar artefactos de cobre labrado: candelabros y braceros; ollas, sartenes y fuentes; jícaras y chocolateras; peroles y lebrillos; pailas y tachos; fondos, cañones y alambiques. Estos objetos, manufacturados en el corregimiento de Coquimbo, llegaban a todo el reino de Chile, tanto a Cuyo como al Valle Central. Los artesanos especializados en la manufactura del cobre fueron una característica reconocible en el norte chico. Así se reflejó en un documento elaborado por el Cabildo de La Serena, el 3 de abril de 1811, al señalar que esta localidad “abundan los maestros de labranza y fundición de cobres cuya práctica lo singulariza. En Coquimbo se encuentran innumerables manos que maniobren en la fábrica y todas las proporciones de los demás materiales precisos para la fundición bastantemente baratos (Ampuero y Vera, 2011).

La producción de cobre labrado generó sus propios actores sociales. Así como en otras regiones de América colonial surgieron gremios de oficios como sastres, herreros, carpinteros, arrieros y plateros, en Coquimbo nacieron también dos gremios específicos de los trabajadores del cobre labrado: los fragüeros de cobre y los caldereros. Estos trabajaban en sus talleres para abastecer la demanda y, cuando llegaban las fiestas, ocupaban un papel central en la preparación de la decoración de la ciudad. Así, por ejemplo, el 23 de abril de 1748, para celebrar la coronación del rey Fernando VI, y en el marco de las fiestas realizadas en todas las ciudades del Imperio, en La Serena se lucieron estos gremios. El público pudo admirar un desfile de

carros alegóricos del gremio de fragüeros de cobre y herreros (Concha, 2010, p. 108). Poco después, en 1752, con motivo de la procesión de *Corpus Christi*, la organización de la música se encargó al gremio de plateros y caldereros (Concha, 2010).

Fue tan importante la artesanía de cobre labrado, que en aquel corregimiento surgió un orfebre especializado en este metal: así como en América colonial había artesanos que trabajaban el hierro (herreros) y la plata (plateros), en La Serena había numerosos fragüeros de cobre. Se generó así un humus cultural, en cuyo seno maduró y se consolidó la industria del alambique primero, y la cultura del aguardiente después, que luego adoptaría el nombre de Pisco. Desde el punto de vista de la toponimia, la consolidación del puerto de Caldera representó la espacialización de esta profunda cultura del cobre labrado y los caldereros en el norte de Chile, aspectos subyacentes de la industria del pisco.

Los movimientos de flujos y reflujos de la historia, y sus efectos en los cambios de la toponimia local, se hicieron sentir también en Perú. Como se ha señalado, en 1832 se había suprimido el nombre de Pisco de la geografía política de este país, al cambiarse por “Independencia”. Empero, la denominación tradicional no se perdió, y superado el frenesí republicano y nacionalista de la etapa postindependencia se volvió a cambiar el nombre. En efecto, por ley del 30 de octubre de 1868 el Congreso Nacional resolvió dejar sin efecto la medida anterior, y reivindicó el tradicional nombre de Pisco. Desde entonces, la villa de Pisco se erigió en capital de la provincia de Chincha. Este cambio significó la victoria definitiva del nombre originario del lugar, por sobre el poder político que, una y otra vez, había intentado suprimirlo.

Las batallas por la toponimia continuaron también en las antiguas rutas del aguardiente. En la localidad de Chilecito, el nombre de Villa Argentina no logró imponerse. En el marco del nuevo ambiente de apertura a las inversiones extranjeras, asentado a partir de la Constitución Nacional de 1853, se propició el desarrollo de la minería y el aprovechamiento de los recursos naturales riojanos; en este contexto se impuso un nuevo nombre a la ciudad: Villa Famatina (1856). Pero este nombre tampoco cuajó y poco después se volvió a poner en vigencia “Villa Argentina” (1869). Empero, el nombre de Chilecito era invencible, y terminó por imponerse.

Conclusión

La evolución de la toponimia de las zonas de producción de pisco y las rutas de distribución del aguardiente muestra una densidad histórica de singular riqueza, porque detrás de los nombres actuales de estas ciudades y localidades se oculta una bella historia de trabajo, luchas de poder y construcción social. Los topónimos más importantes (el puerto de Pisco para Perú y la localidad de Pisco Elqui para Chile) recorrieron caminos inversos: el topónimo peruano fue anterior a la elaboración del aguardiente, mientras que en Chile Pisco Elqui surgió dos siglos después del nacimiento del producto homónimo. Además, ambas denominaciones estuvieron sometidas a las decisiones del poder: el puerto de Pisco perdió su nombre durante buena parte del siglo XIX cuando, por ley, fue denominado Puerto Independencia. Por su parte, en Chile se produjo un notable retraso en la decisión de colocar un nombre *ad hoc* para denominar un lugar donde se elaboraba el producto: si la primera pisquera de América surgió en el valle del Elqui en el primer tercio del siglo XVIII, el nombre de Pisco Elqui se formalizó recién hacia 1936.

El proceso de selección de nombres en la historia fue un proceso complejo y accidentado, sometido a una serie de factores políticos, sociales, económicos y culturales. En algunos casos, los cambios de nombres surgieron por decisiones impuestas desde el poder; pero esto no fue un proceso lineal. Los cambios en el poder no se trasladaron mecánicamente

a la toponimia. A pesar de los intentos por imponer determinados valores e ideologías como nombres de lugares, los resultados no siempre fueron los esperados. El producto final fue la resultante de una intensa vida social, económica y cultural, en la que tomaron parte distintos grupos sociales.

En algunos casos se impuso el nombre nativo y en otros la denominación española o republicana. A veces, los nombres indígenas lograron persistir, a pesar de las decisiones políticas de cambiarlos por otros (Pisco, Moquegua, Copiapó, Combarbalá e Illapel). En otros casos, los nombres españoles han mantenido su vigencia como La Serena, La Rioja y Caldera. Finalmente, Vicuña, Montepatria, Ovalle y Freirina muestran la victoria de los nombres republicanos sobre los españoles, mientras que Chilecito refleja la circulación de los arrieros chilenos con sus piscos hacia Argentina y Bolivia.

La toponimia fue un proceso dinámico, signado por el constante proceso de nacimiento y muerte de los nombres. Algunas denominaciones, después de estar vigentes por muchos años, terminaron por desaparecer como Ciudad de los Reyes, Monterrey, Marquesa Alta, Independencia, Villa Argentina y La Greda: en su lugar se impusieron Lima, Pisco, Montepatria, Vicuña, Chilecito y Pisco Elqui. Estos casos representan lo efímero del poder político, y la supremacía de las prácticas culturales y económicas de los actores sociales. Los nombres específicos del pisco, tanto en Chile como en Perú, terminaron por imponerse, a pesar de las vacilaciones, cambios y demoras del poder político.

Literatura Citada

- Ampuero Brito, G. y Vera Schwaner, R.
2011. Noticias del pasado. La región de Coquimbo 1540-1940. La visión de conquistadores, científicos, viajeros y cronistas, La Serena, Universidad de La Serena, 271 pp.
- Assadourian, C. S.
1983. El sistema de la economía colonial, México, Editorial Nueva Imagen. 367 pp.
- Concha, M.
1975. Tradiciones serenenses. Santiago, Nascimento, II tomos, 294 pp.
- Concha, M.
2010. Crónica de La Serena. Desde su fundación hasta nuestros días 1549-1870, La Serena, Editorial de la Universidad de La Serena, 3ª edición, 505 pp.
- Fernández Campino, J.
2011. Relación del Obispado de Santiago, 1744, en Gonzalo Ampuero Brito y Ruth Vera Schwaner. Noticias del pasado. La región de Coquimbo 1540-1940. La visión de conquistadores, científicos, viajeros y cronistas, La Serena, Universidad de La Serena, 2011. 271 pp.
- Galmés de Fuentes, A.
1996. Toponimia: mito e historia. Discurso leído el día 15 de diciembre de 1996 en su recepción pública. Madrid, Real Academia de la Historia. 69 pp.
- Gómez Urdáñez, J. L. (dir.).
2000. El Rioja histórico. La Denominación de Origen y su Consejo Regulador. Logroño, Consejo Regulador DOC Rioja. 238 pp.
- Herrera Vega, H.H.
2011. Erque, Elqui, Vicuña. Anales de su historia en el Bicentenario de la República de Chile. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario. 475 pp.
- Lacoste, P.; Jiménez, D.; Castro, A.; Rendón, B.; y Soto, N.
2013. A binational Appellation of Origin: Pisco in Chile and Peru. *Chilean journal of agricultural research* 73 (4): 424-429.

- Lacoste, P.; Briones, F.; Jiménez, D. y Rendón, B.
2014. La Denominación de Origen Pisco en Chile: algunos problemas nacionales e internacionales. *Idesia*, 32 (2): 47-56
- Lacoste, P.; Jiménez, D.; Cruz, E.; Rendón, B.; Soto, N.; Solar, M.; Polanco, C.
2014. Rutas del aguardiente en el Cono Sur de América (siglos XVI-XIX) Antecedentes de la Denominación de Origen Pisco. *Idesia* 32 (3): 43-50.
- Menniti, A. y Simón, W.
2008. San Martín. Libertador de Argentina, Chile y Perú. Análisis logístico del cruce, batallas de Chacabuco, Maipú, independencia de Chile, preparación de la expedición al Perú por ambos países. Mendoza, Memphis, tomo I. 344 pp.
- Ribeiro de Almeida, A.
2010. A Autonomia Jurídica da Denominação de Origen. Uma perspectiva transacional. Uma garantia de qualidade. Coimbra, Coimbra Editora. 1475 pp.
- Saint-Marty, L.
2011. Histoire populaire du Quercy des origines a 1800. Paris, Le Livre d'histoire. 343 pp.
- Sayago, C. M.
1973. Historia de Copiapó. Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre. 629 pp.
- Tándeter, E.; Milletich, V.; Ollier, M. M. y Ruibal, B.
1987. The Market of Potosí at the End of the Eighteenth Century. London, University of London. 47 pp.
- Thomas, H.
2010. El imperio español de Carlos V. Barcelona, Planeta. 850 pp.
- Zambrano, G.
2006. "El paisaje y la palabra creadora", en Pacheco, Carlos; Barrera Linares, Luis; González Stephan, Beatriz (coord.), Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana. Caracas, Fundación Bigott, Banesco, Equinoccio. 966 pp.

